

EL PUEBLO SUMERGIDO

El agua limpiísima y fresca del río, que había arrullado a Villa del Deseo durante tantos años con su rumor alegre y musical, estaba ahora quieta, callada. El imponente y grisáceo muro del pantano le había cerrado el paso é impedido cualquier salida. Ya no corría por el sinuoso cauce, adornado con juncos y sauces, ni reía juguetona al besar las peñas y arenas de las orillas, cubriéndolas de espumas. Ahora, en forzado sosiego, en obligado reposo; crecía, se hinchaba voluminosa, y a disgusto invadía fértiles huertas, verdes viñedos, rugosos olivares....

Villa del Deseo, el blanco pueblecito andaluz -con blancura intensa sobre la que reverberaba el hiriente sol de verano-, casi olvidado y perdido en la geografía, protegido por sus montañas como guardianes celosos, alejado del bullicio de las grandes urbes, ajeno a las prisas y ajetreo de estos tiempos, había quedado sumergido. Las aguas cubrían ya casi todas las casitas, pequeñas, limpias, acogedoras; sólo quedaban aún, aguardando sumirse en el artificial lago, algunas del barrio alto y la parte superior del gracioso campanario de la Iglesia. Pero la masa líquida aumentaba y se extendía lenta, pausada é inevitable. Pronto quedaría Villa del Deseo bajo su transparente superficie.

El viejo Alcalde -casi perpetuo regidor y respetado patriarca-, desde que fueron trasladados a otro lugar no muy lejano, en el que se construyeron unos edificios uniformes, desangelados, asépticos, sin personalidad y sin gracia, regresaba todos los días. Y sentado en la cumbre de un breve montículo, observaba su amado pueblo, casi ahogado. Recordaba, entristecido, el pasado,

los días en que la vida tranquila y fecunda de sus habitantes, se desenvolvía feliz y sin problemas graves. Porque Villa del Deseo la formaba un colectivo al que la feracidad de la tierra y el clima benigno, espléndido, ofrecían - cuanto necesitaba. Ciertamente hubo ocasiones, acontecimientos, no que turbaran su paz idílica, pero sí que produjeron cierta desazón, algo así como un sarpu llido incómodo; más siempre fueron pasajeros y nunca provocaron enemistades ni enfrentamientos ardorosos; entre otras causas por la innata tolerancia y buen sentido de los vecinos.

Mirando la espadaña de la Iglesia, enhiesta como el palo mayor de una embarcación hundida, le venían a la memoria algunos hechos del ayer. Recordaba cuando a la gente, a los jóvenes en especial, les invadió la comezón del progreso y, tras pensar en los más inauditos e insospechados proyectos, sólo consiguieron de los políticos de la capital la instalación del teléfono que, en frase del anémico burócrata que lo inauguró, los "unía con la gran familia ecuménica"; o cuando sufrieron el sarampión de la envidia, estableciéndose entre ellos una competición absurda, que pudo llevar la ruina a muchos hogares, en la equivocada búsqueda de una felicidad basada en sobresalir; o cuando transformaron la incomparable placita del pueblo, actual y sugestiva, en gloriosas y falsas ruinas, con objeto de representar una apócrifa leyenda, sin consistencia histórica, que escribió en ríspidos versos de romancero, un seudoerudito de la ciudad; o cuando, al recibir del gobierno una especie de encuesta para un estudio sobre desarrollo, todo el mundo -el minúsculo mundo de Villa del Deseo- se indigestó de teoría económica, de Adam Smith, de Stuart Mill, de Keynes, de Samuelson, y redactaron un peregrino plan donde el dinero -causante de todos los males humanos- desaparecía y era sustituido, para evitar enojosos trueques, por unos valecitos, organizando así una nueva sociedad sin luchas ni miserias...; plan prodigioso que, al llegar a la Superioridad -una mecanógrafa del secretario del Subsecretario-

del Ministro-, fué arrojado al montón de expedientes que llevaban el imborrable estigma de "pendiente de estudio", sin preocuparse gran cosa del cúmulo de sabiduría en él atesorado. O cuando, más recientemente, echaron de menos el orgullo de poseer algún célebre personaje y, entonces, buscaron, indagaron hasta dar con un oscuro profesor de Prehistoria (eterno adjunto interino), cuyo mérito destacado consistía en haber escrito, con estilo pesado, barroco y pedante, un folleto sobre los homínidos. Organizado un gran homenaje local, fué invitado a la inauguración del monumento que, con su vulgar GRUPO, se había instalado en el parque. Con una tozudez y obstinación casi maníacas, dignas de mejor causa, el gris prohombre habló durante horas y horas, machaconamente, de Pithecanthropus erectus, de Australopithecus, de homínidos, de mandíbulas milenarias, en un lenguaje arcaico, torpe é ininteligible, que aburrió a la concurrencia, deseosa de refrescar sus gargantas con la rubia cerveza y alegrar el ánimo con el excelente vino de la tierra.

Ya todo era historia, pasado irrecuperable. El pueblecito curioso, inquieto, soñador, quedaría sumergido para siempre... Después de todo, para una joya tan singular como Villa del Deseo, ningún estuche más apropiado y hermoso que el cristal líquido del agua de su río, que lo envolvía con un abrazo total y único.

El anciano Alcalde no podía evitar una cierta congoja al ver, en el fondo, como nacaradas y enormes conchas, las casitas que antaño albergaron palpitantes seres, con sus deseos, angustias, gozos y alegrías. ¡Adiós maravilloso pueblecito, que una vez, en tus ensueños, aspiraste al progreso y éste, ahora, arrollador é insensible, te ha atrapado en su voraz actividad! ¡Nunca, quienes te conocieron, olvidarán tu belleza, tu grácil é irregular configuración, tu ambiente acogedor, tu deseable paz, tu descansada vida, muy semejante a la añorada, en inmortales versos, por Fray Luis de León!